

Luis Demetrio Tinoco

Acostumbraban encontrarse todos los días después del cafecito con pan casero, tortilla de queso, bizcocho y tamal asado, y los domingos a la salida de la misa de nueve de la Iglesia de los Padres Capuchinos. Pertenecían a lo mejor de la sociedad cartaginesa —Jiménez, Oreamuno, Peralta, Alvarado, Pacheco—, y en las agrupaciones políticas circunstanciales o semipermanentes a que se afiliaban les concedían siempre lugares de distinción. Renuenos vigorosos de los troncos seculares que brotaron en el siglo XII de los legendarios guerreros que luchaban contra los moros y sembraban en las ensangrentadas vegas del Duero las semillas de la democracia política con el juramento admonitorio —“Nosotros, que cada uno vale tanto como Vos, y todos juntos valemos más que Vos, os juramos pleitesía para que fagáis justicia y defendáis las libertades e derechos, e non si no los ficiéres” —; y de los recios colonizadores que en el siglo XVI trajeron a los verdeantes y fértiles valles y laderas del cacique Guarco el caballo y el buey, el arado y la carreta, el trigo y la caña de azúcar, cultivaban con esmero la tierra, criaban con amor sus ganados, y con espíritu cívico se interesaban en los asuntos de bien público. Se reunían en la trastienda de la botica de don Salvador Oreamuno, frente a los muros de bloques de granito que eran testigo mudo del fallido intento de la feligresía cartaginesa de antaño, de levantar un templo al apóstol Santiago que rivalizara en proporciones y suntuosidad con los mejores del istmo centroamericano. Platicaban de todo, salpicando la conversación con algún chiste picante arrancado de las páginas de *La Vie Parisienne*, o escuchado a bordo de los pequeños barcos de la *Eiders & Fyffes* en que habían viajado a Europa para asistir a la Gran Exposición Universal de París de 1889 y a la inauguración de la Torre Eiffel, recorrer maravillados los salones del Museo del Louvre y del Palacio de Versalles, escuchar la voz angelical y de espléndidas tonalidades de la Patti, comprar artísticas joyas en Cartier's y sombreros y trajes de última moda para las damas en las “boutiques” de la Rue du Faubourg St. Honoré, y aplaudir con entusiasmo el descocado cancan, cenar una vez en el restaurant Maxim, reír y admirar embesados las esculturales formas y la espléndida belleza de las coristas del Moulin Rouge y el Folies Bergère y enviar a sus amigos tarjetas con vistas de aquella capital del arte y la belleza. ¡Jugaban al tresillo, al bacará o al dominó; casaban módicas apuestas a los ganadores de las peleas de gallos que se efectuaban en La Chinchilla cuando las autoridades torcían los ojos; esperaban con impaciencia los periódicos de la capital que les llegaban en el tren de la tarde, y leyéndolos de cabo a cabo comentaban, a veces con pasión, y siempre con interés, las novedades sobre asuntos económicos o políticos de que daban cuenta. Y cuando el sol en su ocaso tramontaba el Ochomogo para refugiarse tras los cerros de La Carpintera y se desvanecían los celajes de variados colores, como los quebrantados de la edad no les permitían ser nocherniegos, uno a uno salían de la trastienda y como mochuelos al olivo, marchaban tras la apetitosa cena cartaginesa y el acogedor lecho entibiado con botellas de agua caliente de sus hogares. Con lo cual los cáusticos y maldicientes “cartagos de la acera de enfrente” decían a sus amigos: “Ahí van los ricachos del Club de La Boñiga, al que sólo pueden entrar los que tienen boñigos en el patio de la casa”.

Pero el domingo 4 de diciembre de 1921 los miembros del imaginario club no asistieron a la misa de los Capuchinos, ni a la hora de costumbre a la trastienda de la botica de don Salvador. Otros deberes imperiosos ocupaban a esas horas su tiempo. Pues sin consultar a ‘Ricardo’, su contertulio, y sabiendo que se exponían a que se ausentara para siempre de las tertulias en que hacía brillar su poderosa inteligencia y su extraordinaria erudición en los más diversos campos del saber, habían hecho tirar en la imprenta de don Alejandro Bonilla 4.000 papeletas con bordes y letras azules en las que se leía:

“Partido Jimenista de Cartago
Voto para Diputado Propietario por don Ricardo Jiménez Oreamuno y para Diputados Suplentes por don Santos León



El brujo vuelve a la política

En mayo de 1922, luego de un receso de ocho años, Ricardo Jiménez vuelve a la política para mantenerse en ella hasta el final de sus días.

Herrera y don Ricardo Pacheco Cabezas”.

Los movía el afecto por su amigo, pero también el espíritu cívico heredado de sus antepasados, pues sentían que no debía negar su concurso a la República permaneciendo indiferente a la suerte de los negocios que se sometían al Congreso de los Hermenegildos, aquel estadista de quien se comentaba, por voz autorizada, que “si hubiera nacido en Europa habría podido ocupar una cátedra en la Universidad de Oxford o en la Sorbona, y de haber nacido en los Estados Unidos habría podido llegar al sillón de un Chief Justice.” Y al igual que el jugador que arriesga su fortuna a una sola carta, habían decidido jugar en esas elecciones del 4 de diciembre el futuro político de su amigo, el político en esos días amargado a quien llamaban El Brujo del Irazú.

Era necesario trabajar, y trabajar fuertemente para que el Partido Jimenista triunfara en forma abrumadora en aquellos comicios en que la papeleta que encabezaba don Ricardo Jiménez se enfrentaba a la del candidato que gozaba de las simpatías oficiales, don Francisco Aguilar Barquero, hasta pocos meses antes Presidente de facto de la República. Sólo así, con un triunfo abrumador, volvería don Ricardo a servir a la Nación desde altas posiciones de gobierno, que había manifestado al retirarse de la Presidencia de la República que no ocuparía nunca más, amargado su espíritu por los cargos que se le hacían de haber propiciado la arbitraria solución que una mayoría de diputados dio en 1914 a la campaña democrática por la sucesión presidencial, al designar a don Alfredo

González Flores para Jefe de la Nación, con burla de los electores que habían depositado sus votos por otros ciudadanos y ninguno por el señor González Flores. “De mis soledades vine y a mis soledades vuelvo”, había declarado el presidente Jiménez al cesar en su cargo, agregando: “Más que de asuntos de Estado, me interesa ocuparme en ver que a mi Patricas no le caigan las queresas y siga siendo ‘Patricas la cajuelera’, y a mis novillos cariblancos no los ataquen los tórsalos y las garrapatas y desarrollen bien en los llanos de Aragón”.

Empieza la campaña, los amigos del Club, y los que con ellos habían conspirado para presentar al electorado de la provincia la candidatura de don Ricardo, se dispersaron en la mañana de aquel domingo, montando sus mejores cabalgaduras, por los lugares de mayor población, para distribuir las papeletas azules del Partido y levantar el espíritu semialetergado de los electores, invitándoles a contribuir con su voto al triunfo del estadista cartaginés que quince años antes había iniciado en el Congreso la campaña de exaltado nacionalismo que lo llevó a la Presidencia de la República. A mi padre, que no era de los del Club, pero sí muy allegado al candidato, de quien había sido su Ministro de Guerra, se le pidió que se hiciera cargo de los cantones de Jiménez y Alvarado, que unidos venían a significar el núcleo más importante de electores, inferior tan sólo al cantón central, y cuya área territorial superaba al de éste. Por lo cual, considerando necesario dedicar sus esfuerzos a los distritos de Pacayas, Capellades, Santa Cruz y Juan Viñas, que en con-

junto tenían más del 80 por ciento de la población y del electorado, consiguió que un padre capuchino celebrase misa aquel domingo en Cervantes, en donde no le correspondía al cura de Pacayas celebrarla ese día, y que a continuación presidiese una procesión a Santa Bárbara, con acompañamiento de tambores, chirimías y platillos, y dispuso que yo, que en ese año concluía mi segunda enseñanza, me quedara en ese pueblo en que habían discurrido los años de mi primera infancia y en donde había asistido con muchos de sus vecinos a la escuela que dirigía un maestro colombiano, de bigotes hirsutos y caídos, don Faustino Padilla, que imponía respeto con sólo su presencia y su traje de fin de siglo, para que distribuyese las papeletas y entusiasmase a los vecinos con derecho a voto, que me conocían bien, a que lo ejerciesen en aquellas elecciones de medio período.

Con pasión y a conciencia desempeñé el encargo, al que daba, en mi presunción de adolescente, importancia desmedida; y así, aprovechando la presencia de los feligreses que habían acudido al llamado de las campanas de la iglesia en un domingo en que no correspondía celebrar misa, a fe que no me quedó una papeleta sin entregar, y ya poco antes del almuerzo en casa de las Padilla pude anotar que todos los trabajadores de la hacienda de mi padre —con excepción de El Canario, que siempre fue un rebelde—, habían emitido su voto, lo mismo que las peonadas casi completas de don Carlos Piedra, Ignacio Aguilar y el señor Greñas, a lo cual contribuyó, sin duda, la presencia de doña Chalia cabalgando a la mujeriega en su famosa yegua baya, y la de don Carlos y don Ignacio con sus vistosos pañuelos de seda azul al cuello, caracoleando sus enjaezados caballos andaluces de pura raza, e invitando a los electores remisos a presentarse a la mesa de votaciones y entregar la papeleta del Partido Jimenista al presidente para que, en su presencia, la ensartase en el punzón en el que debía quedar hasta la hora del cierre y recuento de las votaciones.

Victoria arrolladora

Como en los libros de la mesa debía anotarse el nombre del votante y el partido por el cual votaba —pues la elección era de voto público y directo—, era fácil, en cualquier momento, conocer cuántos sufragios se habían emitido en favor de cada una de las agrupaciones participantes. Poco después de mediodía pude confirmar así, con sólo un vistazo al registro de votantes, que don Ricardo había logrado un espléndido triunfo en Cervantes, y que mi presencia en el pueblo ya no era necesaria. Resolví entonces volver a Cartago, en donde me esperaban D'Artagnan y los Tres Mosqueteros, Pimpinela Escarlata, Ivanhoy y Gabrielillo, el Capitán Nemo y Plileas Fogg, los héroes que habían desplazado en mi corazón de adolescente a Nick Carter y Buffalo Bill, Fantomas y Sherlock Holmes; y montando en mi fuerte y dócil Azabache, al poco tiempo alcancé al buen fray Dionisio, que en el caballo albardón que le alquilaron en la caballería de Los Meza, trataba de llegar a Cartago a tiempo de rezar las oraciones en común de los frailes del convento.

La victoria del Partido había sido en verdad arrolladora en toda la provincia, en la que recibió 1530 votos del total de 2.273 a que alcanzó el número de sufragios válidos, mientras que sólo 620 se emitieron en favor de la papeleta que encabezaba el señor Aguilar Barquero. Las esperanzas de los jimenistas quedaban superadas con creces, y desvanecido el argumento de los contrarios de que los sucesos del 28 de abril de 1914 habían puesto fin a la carrera política de don Ricardo. Serenado su espíritu con la muestra de confianza y adhesión de sus comprovincianos, y la que en esa misma fecha había recibido de los votantes de la provincia de San José, que también le habían elegido diputado, pocos minutos después de la una de la tarde el 1 de mayo de 1922, don Ricardo

Pasa a la Pág. 4

ANCORA
Número 557
Coordinadora: Rocío Fernández de Ulibarri
Diagramación: Jorge Valenciano

El brujo vuelve a la política



Viene de la pág. 2

Jiménez — de porte elegante, amplia frente, perfil cesariano, andar airoso de senador romano— ingresaba en medio de la expectación general a la sala renacentista en que sesionaban los diputados al Congreso Constitucional, para jurar a Dios y prometer a la Patria cumplir con la Constitución y con las leyes de la República. Al cabo de un paréntesis de ocho años, “El Brujo” había vuelto a la política, para jugar en ella, hasta su muerte, un papel preponderante, que habría de llevarle dos años más tarde a la Presidencia de la República, y por tercera vez a ella en 1932, y en poco a su cuarta presidencia en 1943, cuando el presidente Calderón Guardia intentó hacerle nombrar Primer Designado y renunciar a su cargo para que, asumiendo la Primera Magistratura, convocase a elecciones cuando los ánimos partidaristas exaltados se hubiesen calmado.

Ese día 1 de mayo de 1922 se juramentó también como diputado, elegido con votos de una agrupación independiente que tomó el nombre de Partido Regionalista Ramonense, un hombre joven, de 39 años, mirada penetrante, pasiones fuertes, vida atormentada, brillante oratoria que no siempre convencía pero siempre cautivaba por la fluidez de sus palabras, la armoniosa modulación de sus frases y los inesperados y pintorescos giros de sus discursos: Jorge Volio Jiménez, sucesivamente sacerdote católico, licenciado y doctor en Filosofía, soldado del ejército liberal en la guerra civil de Nicaragua, comandante derrotado del grupo revolucionario en la batalla del Jobo, general de división de las milicias de la República, quien habría de ser más tarde Segundo Designado a la Presidencia de la República, protagonista de la quijotesca aventura del ataque al cuartel de Liberia, paciente en la Clínica de Salud Mental de Bruselas, militar de mayor rango en la insurrección del cuartel Bella Vista, por segunda vez diputado al Congreso Constitucional, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, reo político en el cuartel Principal, y por tercera vez diputado al Congreso Constitucional, que ya entonces se llamaba Asamblea Legislativa.

Aquel mismo día, aprovechando la tradición más que secular que deja libres todas las tardes a los estudiantes de Derecho, inicié mis labores como cronista parlamentario del Diario del Comercio, gracias a la recomendación de mi compañero de estudios don Abelardo Bonilla y a la corta experiencia que había adquirido antes como gacetillero del Heraldo de Costa Rica.

Lo que me permitió asistir, durante dos años, a aquella cátedra de elocuencia y buen decir, de Derecho Constitucional y de Derecho Social, de política económica y de prácticas parlamentarias, que fue el Congreso de 1922—1923.